



AVISO SEXTO

Adonde se le avisa y enseña al forastero se guarde y huya de otra manera y suerte de hombres, que de ordinario andan en la corte, cuyo trato y conversación también es peligrosa y dañosa.

LAS grandes repúblicas y poblaciones—dijo el Maestro—desde el principio del mundo, luégo que las hubo en él, siempre trajeron consigo este daño é incontinente de encerrar dentro de sí, á sombra de los buenos, otros que no lo son tanto, con color de los ocupados, no pocos ociosos al olor de los ricos; una manera de gente necesitada, viva de ingenio y pobre de bolsa, que de día comen á vista de quien pueden y de noche estudian más de lo que saben ni alcanzan.

Es el hombre de su naturaleza terrible, cauteloso, sagaz, vivo, amigo de su provecho, deseoso de conservarse á

menos costa y trabajo suyo. Así lo dijo Herodoto en el libro 1.º; y Eliano en su libro 10 de su *Varia Historia*, dijo: «De la misma manera que los peces del mar se hallan pocos sin espinas y escamas, también entre los hombres vagantes y ociosos se hallan pocos sin malicia, cautela, engaño ó invención.» Cicerón en el libro 2.º *De Officiis*, dice que esta manera de hombres son peste para los otros; y esto, aunque, como dije, en todas repúblicas y en todas edades se ha visto y se ha hallado, se ha llorado el daño que esta manera de gente acarrea y trae, con todo eso en ninguna tierra ni patria se ve tanta diferencia de estos zánganos como en España, por ser nuestros naturales españoles poco inclinados á las artes y oficios mecánicos y á todo aquello que es trabajo, requiere flema y sufrimiento. Dijera mucho de lo que esto me dolía y lastimaba, pero suficientemente habré cumplido con mi ánimo y deseo, que es de guiar y avisar al forastero recién venido á la corte, para enseñarle á huir de los peligros de ella. Cuando llegáremos á tratar de los libros que será conveniente que lea, le advertiré y enseñaré que, de lo que escribe Juan Botero en sus *Relaciones Universales del Mundo*, lea al padre Pedro de Guzmán, de la Compañía de Jesús, en el libro que intituló: *Bienes del honesto trabajo, y Daños de la ociosidad*, y hallará tantos desengaños y tantas verdades de lo que vamos diciendo, que le obligue á mirar entre qué hombres anda, y con qué manera de gentes comunica.

Yo, señores, tengo larga experiencia, por los muchos años que há que en esta Corte vivo y habito, que demás de los hombres ociosos y sobrados, invencioneros y cavi-
losos de que hemos avisado y advertido al forastero que

se aparte y guarde, hay otras muchas diferencias y géneros de ellos, que si al principio parece que es de poca consideración el daño y perjuicio que su comunicación y trato puede hacer, tocado después con las manos, se han visto ser notables los que se han seguido á los que los han admitido y tratado. Primeramente hay una manera de hombres en la Corte, que quien los conoce bien les ha dado el nombre que se les debe, y así les llaman pegadillos, porque bien así como entre la obra de manos de Medicina y Cirugía se usan para contracaídas y dolores una manera de emplastos ó parches á que llaman pegadillos porque no se despegan ni desasen de la parte á que los aplicaron hasta que, ó chupan el humor ó quitan el dolor, así este género de hombres que digo, si una vez se os hacen enconradizos y se arriman á vos y os huelen que sois forastero, no se despegarán de vos hasta que os acaben, ó la paciencia ó la bolsa, y muchas veces entrambas. Acuérdome, que recién forastero y nuevo yo en esta Corte, la primera vez se llegó á mí un hombre de buen talle y hábito, y viéndome preguntar por la casa de cierto consejero, me dijo adónde era y me acompañó hasta ella. Entró dentro, habló con los criados, dióse tan buena maña y diligencia, que aunque tardamos un rato, al fin me dió audiencia aquel señor del Consejo. Yo salí de allí agradecido, y queriéndome despedir de él en la calle, diciéndole que bastaba la merced que me había hecho sin haberle servido en nada, que yo iba hacia la calle Mayor á comprar no sé qué niñerías de encomiendas, á que él respondió que de ninguna manera me dejaría, porque si en algo me había servido en casa del señor del Consejo, más me podía servir en aquello, porque allí tenía particular conocimiento con

aqueellos joyeros y me podía hacer haber aquellas cosas con más comodidad: yo procuré excusarme y excusarle, y con todo eso porfió tanto que hube de llevarle conmigo, y si se ha de decir todo, no me hizo mal tercio en la compra. Era tarde; corría ya la una; preguntóme que adónde tenía la posada, y señalándole yo parte donde la tenía, que era á los Caños de Alcalá, él me respondió que como hombre que sabía más bien la tierra y el lugar, me llevaría por parte que me diese menos el sol, que le hacía á la sazón bien grande, respecto de estar los días caniculares en su principio. VÍle tan cuidadoso de mi salud y tan diligente en mis negocios y tan cortés y aprovechado en mi favor, que, aunque yo le porfié, no hubo remedio, sino que se cargó, aunque yo no quise, debajo de su capa, de algunas cosas que no pudo llevar el esportillero, que, puestos en mi posada, me pareció demasiada grosería ó cortedad no convidarle á comer, á que se hizo él poco de rogar, diciendo que lo aceptaba por no volver con la siesta hasta su casa. Añadimos á la pobre olla de forastero un poco de fruta y unos pasteles; comimos y hablamos, y haciéndose hora de salir á negociar, no fué menester poco para despedirle de mí.

No era, pues, amanecido otro día cuando mi hombre estaba en mi aposento; dióme los buenos días; dijo, que pasando de San Jerónimo, de donde venía, le pareció que no cumplía con la voluntad y amor que me había cobrado, si se pasara sin saber cómo me había ido aquella tarde de negocios; yo le agradecí el cuidado, y diciéndole si quería desayunarse; á lo que él respondió que por haberse sentido la noche antes con un poco de dolor de cabeza, se había acostado sin cenar, y pues yo comía tarde, que sería

bien que nos desayunásemos antes de salir de casa, aunque no fuese sino con un bizcocho mojado en un poco de vino de lo caro, que con esto se solía hallar él bien. Á esa cuenta repliqué yo:

—¿También me quiere hacer merced hoy de honrar mi posada y comer conmigo?

—Siento tanto—dijo—el comer solo, que por gozar de su buena conversación de vuesa merced, me quedaré de mucho gusto; demás de que no quiero comer el pan de balde; desayunémonos y vamos á negociar lo que hay que hacer, que á todo vengo dispuesto.

Vista su resolución, hube de prestar paciencia; y supuesto que, como él decía, había de comer mi pan, valíme de su razón y ayudéme de él para saber las casas de aquellos con quienes había de negociar.

No pudimos despachar nada por la mañana; comimos, y volvimos sobre tarde, y fué de modo, que eran las diez de la noche, y no pudiendo apartarle de conmigo, fué fuerza que, como comió, cenase. Yo le previne de que yo no cenaba carne, por tener flaco estómago. Él me respondió que se holgaba que hasta en esto nos pareciésemos; que tenía por cosa sospechosa para la salud cenar mucho; que su cena era unas lechugas, ó borrajas cocidas, dos huevos en cáscara, frescos y blandos, y un bizcocho y unos granos de anís. Hízose así. Después de haber cenado, deseando yo abreviar y despedirle, él alargó la conversación de modo que ya eran las doce; á que él añadió otra, que yo no esperaba, que fué la del decir que él vivía con un hermano suyo de mala condición; que era tan tarde, que no se atrevía á desasosegarle; que dijese á la huéspeda que hiciese una cama, que él la pagaría; y yo haciendo

muy del cortesano y muy del obligado, me corrí de oírle decir semejante cosa, y añadí que todas las veces que quisiese y le fuese de gusto, la haría yo hacer; palabra que él tomó tan de veras y con tanta puntualidad, que en tres meses que estuve de aquella vez en la Corte, jamás faltó á comida, cena y cama, y aun si parara aquí; pero algunas veces se alargó á sacarme, por gentiles trazas, para zapatos, medias, cuello y sombrero, y aun alguna vez para la comedia; de modo, que sin haberle menester, porque, como sabéis, yo siempre me he servido de un hombre con espada y otro sin ella, con un mayordomo, demás de un solicitador ó agente, y un compañero de mesa y aposento, que en la mula estaba para irme, y en el camino, y allí entendí que no se desasiera y despegara de conmigo. Mirad si á esta manera de hombres con razón les dan el nombre de pegadillos, de que no hay poca abundancia en esta Corte.

—¡Notable suerte de gente!—dijo don Diego—y me habéis hecho grande bien en avisarme.

—Si no hubiera más de ellos—replicó Leonardo;—pero hay infinidad de ellos, hay los capigorras y milites.

—Hogaré de que me deis á entender estos nombres—repuso don Diego.

—Eso haré de buena gana—dijo Leonardo—con licencia del Maestro. Quanto á lo primero, los milites son un género de gente de razonable hábito, que, aunque vistan de negro, traen medias de color, jubón de gamuza, plumas en el sombrero, plateado y guarnecido el aderezo de espada y daga, bigotes robustos, aspecto terrible, que pisan por la calle Mayor como en campaña, á compás de la caja; acuden á las lonjas, saben nuevas, tienen avisos de los

intentos del Turco, las revoluciones de los Países-Bajos, el estado de las cosas de Italia, descubren nuevas Indias, y, últimamente, á la una del día comen si se lo dan; y aunque no hayan salido sino hasta Cartagena á despedir una compañía, se llaman los señores milites. Suélese hacer convidados sin convidarlos, piden prestado, fiado á no volverlo, y comen á costa de los que han de matar. Yo os prometo que habiéndole dado á uno mi mesa y casa más de seis meses, ofreciéndoseme en la Puerta del Sol una pendencia con un hombre, que se arrojó conmigo algo de palabras, hube de reñirla yo por mi persona, y me valió el saber yo menear los puños, que donde no, me matara este enemigo; y este tal milite, en todo el discurso de la pendencia, no sólo fué para desenvolverse en mi favor, pero ni aun para poner paz; con que él corrido y yo enojado, deshicimos la compañía para siempre jamás; y de estos lo que ha de hacer don Diego es huirles el aire y guardarles la boca; y si alguna vez encontrare con alguno, darle de comer caridad es; oirle, tiempo ocioso; y creerle, cosa peligrosa. Si se le ofreciere alguna pesadumbre, riñala y averigüela por su persona, y no sustente valientes ó hablantes de ventaja, por mejor decir, porque dos cosas, decía un hombre gran cortesano, que eran malas para compradas: la valentía y la honra; porque en la una lo barato es caro, y en la otra lo verdadero es falso.

Hay otro modo y suerte de gentes, que se llaman capigorras, los cuales con hábito de hombres estudiosos y de escuelas, se entretienen en esta Corte vanamente; unos haciéndose astrólogos, sacando pronósticos de las cosas por venir, anunciando sucesos, levantando figuras, haciéndose oráculos, siendo la verdad que en toda su vida abrie-

ron libro ni estudiaron proposición de Astrología. Otras veces se hacen conocedores fisonómicos, declaran por las rayas de manos cuando se hallan entre gente ignorante y fáciles de persuadir, como son mujeres, adonde muy á lo gitano les venden el gato por liebre, diciéndoles desde una mentira hasta ciento.

—¿Qué sentís, señor Maestro—dijo don Antonio—de esto de Astrología?

—Materia es grave—respondió el Maestro—y que requería más espacio el averiguar lo que acerca de eso tienen y sienten hombres doctísimos y gravísimos. De haber ciencia de los astros y cielos, principio es cierto y asentado; pero que los hombres mortales puedan reducir á punto fijo lo práctico de esta teórica, como en el arte Medicina el conocimiento de las complexiones individuales, téngolo por cosa, sino imposible, á lo menos muy dificultosa. Extrañamente habla de la Astrología san Agustín en la narración 2.^a sobre el *Psalmo* 31. San Juan Crisóstomo en la *Oración de Providencia*. Tertuliano en el *Apologético contra los Gentiles* y en el libro de *Idolatría*. Lactancio Firmiano en el libro 2.^o de las *Divinas Instituciones*, capítulo 17. Alvino Flaco, ó Alciuno, en el libro de los *Divinos Oficios*, debajo del título de «Epifanía.» San Basilio en su *Examerón*, homil. 6. San Ambrosio en su *Examerón*, lib. 4, cap. 4. San Gregorio Papa en la homil. 10 sobre los *Evangélicos*. Taciano en la *Oración contra los Griegos*. Bardefanes, autor sirio antiquísimo, como lo refiere Eusebio en su *Preparación Evangélica*, en el lib. 6, cap. 8. Orígenes y otros autores que pudiéramos traer, sienten mal y dan por sospechoso lo práctico de esta facultad y arte. Y quien quisiere ver todo lo que toca á esta materia de una vez, lea

de los modernos de nuestros tiempos á Icarío Martiniengo, Brixiano Abad, general de la Congregación Lateranense de los Canónigos regulares de san Agustín, en el 2.º tomo de su *Glosa Magna*, y al doctísimo varon el P. Benito Pereira, de la Compañía de Jesús, en sus *Comentarios sobre el Génesis*, adonde tratando de la Astrología judiciaria en el libro 2.º, donde prueba, con ocho razones fortísimas, que aunque los astrólogos tuvieran suma y perfecta ciencia de los astros del cielo, no pudieran en el juicio práctico adivinar las cosas por venir, y trae las razones que á ello le persuaden; y para mayor confusión de los que dan tanto crédito á estas cosas, esfuerza de nuevo la razón de Fabrino, filósofo antiguo, disputando contra los caldeos, y lo trae Aulo Gelio en sus *Noches Áticas*, libro 14, cap. I; pero para no cansarse y ahorrar de lances, el demasiado curioso vea el eruditísimo varón, el P. Alejandro de los Ángeles, prefecto de los Estudios del Colegio Romano, de la Compañía de Jesús, en el libro que intituló *Contra los Astrólogos*, impreso en León de Francia el año de 1615, á costa de Horacio Cardón, que á este impresor en Francia, y á Juan Keerbergio en Flandes, verdaderamente se les debe agradecimiento al cuidado con que han impreso tanta variedad de libros, si bien acá en España podemos también estimar el cuidado con que lo han hecho nuestros naturales y en nuestros tiempos, especialmente en esta corte, Pedro de Madrigal y Luís Sánchez, impresor del Rey.

—Felicísima está España, en nuestra edad, en lo que es materia de libros—respondió Leonardo;—y volviendo á nuestro principal intento, digo que estos capigorras ó estudiantones que andan en corte, es menester que el forastero les huya la cara y se aparte de su conversación, por-

que son grandes embelecadores, consumen la hacienda de aquellos á quienes se dan por muy amigos, y no sirven sino de gastar mal el tiempo y aun infernar el alma.

—Cuando yo andaba en hábito de estudiante en Madrid—dijo don Antonio—me sucedió con uno de estos una cosa graciosísima; á lo menos, sin ser yo gracioso, me enseñó á decirle una gracia ó donaire que se celebró no poco. Había yo acabado de hacer un manteo y sotana de unas lani-llas que se usaban entonces, traídas de Inglaterra y Flan-des; traía este señor licenciado, que se me había dado por amigo, un manteo y sotana de una bayeta que no había en ella más que la memoria de haberlo sido, que, como decía bien otro amigo mío, aquel proverbio antiguo: rába-nos y queso tienen la Corte en peso, se ha de entender así: rábanos y queso tienen en peso los estómagos y la bayeta de los cuerpos; pues llegó á mí un día el bueno de mi licenciado, dióme cuenta de que ciertos deudos suyos principales habían venido á esta Corte, y que para visitar-los por no ir en tan ruín hábito, que le prestase yo mi manteo y sotana, que, hecha la visita, me lo volvería al punto. Yo no tuve cara para negárselo, que por esto se llaman gentiles-hombres, literatos ó femiliteras, capigorras, porque no sólo se hacen gorras de la comida, si una vez se la dais, sino de la casa, vestidos y dinero, coche, caba-llos y criado, y aun otras veces de otras cosas, que entran más en hondo.

Vistióse el manteo y sotana, y vínole por mis pecados tan al justo, que parece que se había hecho para él, tanto, que no sólo pareció que se había hecho para él, sino que era él el que lo había hecho, según lo iba deshaciendo sin querérselo quitar.

Venía un día cansado y díjome:

—Comamos, que os prometo que vengo hecho una pera de molido.

Respondíle yo:

—¡Ojalá vos fuérades pera y no hombre!

Y replicándome él que para qué, dije yo:

—Para mondaros y quitaros la corteza que es mía.

Entendió el símil y comparación, y aunque no era de cera ni se corría de nada, confundióle la sentencia y picóle la gracia, y cayó en la culpa y yerro que había cometido, y quitóse el manteo y sotana á un tiempo que, aunque yo no era rico ni entonces estaba heredado, pareciera más pobre de lo que era si me lo volviera á vestir; y así, volviéndoselo á dar, le dije:

—Hasta aquí le habéis traído por fuerza; desde ahora le traed por mi gusto.

—Con razón—dijo don Diego—se celebró el dicho, porque verdaderamente fué agudo y mordaz. No os divirtáis de lo que nos íbades prometiendo de estos capigorras ó estudiantes falsos. Acerca de los daños que hacen con fingirse astrólogos y matemáticos, quirománticos, adivinadores, ó, por mejor decir, embusteros, podrá ser que de ahí salga algún ejemplar escarmiento como yo le he menester, porque soy tentado por saber cosas nuevas, y si no me espantáis las orejas con algo que me haga asombro ó me sirva de freno, podrá ser que me pierda por ahí más que por otra parte, porque soy amicísimo de saber.

—Algunas cosas—dijo Leonardo—han sucedido, unas de risa y otras de lástima. Oíd lo que me contó cierta persona los días pasados.

NOVELA Y ESCARMIENTO NONO

Tenía cierto hombre de este lugar, hombre de tratos y de negocios en diferentes mercaderías, altas y bajas, al fin, por decirlo de una vez, hombre ocupado en materia de ganar hacienda, una mujer muchacha y hermosa, en quien jamás había tenido hijos. Son los hijos una de las trabazones y lazos que hay en el estado del matrimonio, que ayudan á conservar la paz y el amor de los casados, y tal vez de no haberlos resultan algunas desazones y sinsabores, si bien en los que son buenos casados y buenos cristianos, pequeña ocasión es esta para la obligación que hay para conservar la uniformidad conyugal: una mujer muchacha, de buena cara, de ojos despaviladores, cascos livianos, piés sueltos, amiga de galas y de inclinaciones ruines, casada con un hombre rico, más inclinado á ganar hacienda que á decir amores, compuesto de costumbres, ni demasiado curioso, ni demasiado mozo, aquí sin mucha astrología, se suele adivinar el suceso: viviendo en Corte, sobrando la hacienda y no faltando la libertad, uno de los muchos paseantes que hay en Madrid, que se llaman paseantes de á pié y de á caballo, que otros por otro nombre les dicen aventureros porfiados, porque en todas calles pisan y á todas horas pasean, dió en pasear y solicitar esta mujer casada: el negocio llegó al peor estado que pudo, que persuadida de las mentiras del hombre, de su talle, y

algunas dádivas bien flacas, se rindió, que no debiera; y como estos enamorantes cortesanos, ricos de palabras y pobres de obras, primero estudian en cómo han de enamorar y luégo en cómo esquitar lo que dieron, cuando vió caído el pájaro en la red, íbala pelando suavísimamente, y entre otras cosas que la quitó, fué una riquísima sortija de diamantes: habíasela dado su marido á ella cuando se casó, respecto de estimarla en mucho, por haber sido de su padre y abuelo. Pidióle un día el marido la sortija para cotejar el diamante con otro que le vendían; y como no la tenía en su poder, pareció que satisfacía al marido con decir que se le había perdido, cosa que el marido llevó mal y mandó que desvolviere toda la casa de alto á bajo para buscarla, y no sólo esto, pero amenazó á la mujer si no parecía la sortija, de que serían desde aquel día malos amigos, porque era argumento de poco amor hacer tan poca estimación de lo que él tenía en tanto. Aunque la mujer de suyo era libre y soberbia, con todo eso se acobardó y temió al marido. Estaba tan abrasado por la pérdida de la sortija, que diera gran parte de su hacienda porque pareciera. Tenía por amigo á uno de estos matemáticos ó astrólogos, que algunas veces comía en su casa sin convidarlo: pidióle encarecidísimamente que echase un juicio y alzase una figura sobre en qué parte estaba aquella sortija, y si había de parecer ó si se la habían hurtado á su mujer: que es una de las cosas más perniciosas y peligrosas que hay en esto, que dicen que saben estos astrólogos ó matemáticos, el adivinar los hurtos, de donde se sigue de semejante permisión grandes daños é inconvenientes para las haciendas y aun para las conciencias, y aun un universal escándalo en los ánimos de los que se precian de

buenos cristianos. El susodicho licenciado huésped del tendero no sabía más astrología que un caballo; tenía unas efemérides y unas tablas de mágico y una esfera de Sacro Bosco, más por cumplimiento que por entenderlas, como libros de médico de aldea, con que tenía persuadido al marido de aquella dama, que era otro Can ó Zoroastes: pidióle que mirase esto de la sortija, y ofreció de hacerlo con ánimo de decirle dos mentiras cuando le apretase, como me contó á mí cierto hombre de crédito, porque era un gran señor y príncipe, que tenía en su casa, viviendo en Sevilla, un comprador ó despensero que hacía estos pronósticos de si ha de llover, si ha de ser bueno el año, y como lo supiese este señor á quien servía, y le preguntase, qué cómo hacía aquello sin saber latín, ni haber estudiado jamás, respondióle:

— Señor, esto hago por entretenerme y sacar cuatro reales á costa de los labradores que lo creen como si fuera verdad, y lo que hago es: tomo un almanaque ó pronóstico del año pasado y póngolo todo al revés, de modo que á donde dice que se ha de coger mucho trigo, se cogerá poco, y si dice que tal día hará sereno, digo que hará nublado, y he tenido tal dicha, que dos ó tres años arreo ha sucedido como yo lo he dicho, con que he ganado la mayor opinión de astrólogo de todo el mundo.

Riólo mucho este señor, pero mandóle que de allí adelante no lo hiciese. No sé si le obedeció, pues andan tantos pronósticos. Nuestro licenciado era de esta manera de astrólogos; con todo eso, como tenía más de socarrón que de letrado, y deseaba conservarse en la amistad del tendero, echóse á soñar sobre qué se podía haber hecho la sortija: dejó de poner los ojos en las nubes y las manos

en el astrolabio que no entendía y púsolos en la facilidad de la mujercilla y en algunas conversaciones que admitía, y como es mal ladrón el de casa, fué con más malicia aquellos días mirando en un hombre que paseaba más que otros la casa y calle, y dió en mirarle de los piés á la cabeza, y luégo haciendo un juicio con la astrología de las tejas abajo, dijo:

«Esta mujer ha dado esta sortija á este hombre.»

Y haciendo y diciendo, hallándose solo con la mujer, le dijo así:

-- No es cosa nueva que un hombre quiera á una mujer y una mujer á un hombre, y más en esta Corte, á donde una buena cara de mujer y la mucha solicitud de un cortesano holgazán son como el codicioso y el tramposo, que luégo se encuentran y llegado el negocio á que se quieren bien, tampoco es dificultoso de persuadir que, á compás de cómo se quieren, se regalen, pues obras dicen que son amores y dádivas quebrantan peñas, y la fineza del amor consiste, no en esperar á que se pida lo que se apetece, sino en adivinar lo que se desea y madrugar á darlo antes que se imagine lo que se quiere pedir. Estas son las finezas de amar, que esotras son fullerías de pelar. Todas estas salvas os he hecho para que sepáis que soy perro viejo, que nada me espanta, porque por todo he pasado. Yo he echado de ver (porque ya sabéis que soy astrólogo y medio adivino) que queréis bien á cierto gentil-hombre, no de mal talle, vestido de luto, que ya vos me entendéis. Yo sé que los días pasados, burlando este hombre con vos, os quitó de las manos aquella sortija de diamantes, por que anda tan penado vuestro marido; ya sabéis en lo que él la estima; á ese galán le es de poca consideración, y cuando

queráis obligarle y regalarle, en vuestra casa hay harto con qué; dad traza como la sortija parezca y se vuelva, que os va toda la paz de vuestra vida con vuestro marido, que de mí haced cuenta que esto cayó en un pozo, mas me cabe en el estómago.

La mujer, si bien al principio comenzó á negar, y aun á enojarse con el estudiante, al cabo, al fin como mujer, persuadida de que aquel hombre sabía aquello por arte del diablo, porque había sido decir mentira y sacar verdad, pues estuvo su fortuna del estudiante en hablar acaso y dar en el caso como había sucedido, ella toda turbada, robado el color del rostro, comenzó á llorar y á decir:

—Vos, señor, sabéis mucho, esa es la verdad; yo dí esa sortija á ese hombre; temo pedírsela porque le quiero bien; temo á mi marido, porque estima la sortija; deseo que vuelva á mi poder y no sé cómo; en vuestras manos pongo mi vida y mi honra, y aun mi gusto; pues sabéis tanto, aconsejadme lo que deba hacer para que salga bien del peligro en que me veis puesta, que os doy la palabra, que si hasta aquí no os he sido buena amiga y he reñido á mi marido porque os traía á comer tan á menudo y os presta tantos dineros sin tener vos de qué volvérselos, que desde hoy en adelante os seré leal y fiel servidora, haciendo buena cara y aun buena correspondencia á todas vuestras necesidades.

El estudiante agradeció esta oferta, y protestando ante todas cosas el silencio y secreto, le dijo que pidiese al amigo la sortija, diciéndole la estimación que su marido hacía de ella, y si reparaba en el interés y el valor, que le diese otra joya que valiese dos tantos, y que si picaba en celos y en sospechas de que era de otro para darla á otro,

que cuando la viese fuera de su mano ó de la de su marido, tomase la venganza que le satisfaciese más en cualquiera de los dos. Parecióle bien á la mujer este consejo, y que el galán vendría en darle, pero añadió á esto:

—¿Vuelta la sortija á mi marido, cómo tengo de decir que ha parecido?

—Á eso—respondió el estudiante—también diré lo que se ha de hacer: Luégo que tengáis la sortija, id á uno de vuestros cofres á donde más ropa tenéis y ponedla en el suelo de él debajo de la ropa, dadme las señas del cofre y de la parte á dónde está, y dejadme á mí lo demás.

Con esto la mujer se partió agradecidísima, hízose todo como había dicho y aconsejado el dómine, y de allí á dos días llegóse el estudiante al marido y abrazóle y díjole:

—Gracias á Dios, que ya no se perderá la sortija de los diamantes, que vuestro abuelo dió á vuestro padre y vos á vuestra mujer.

—¿Qué me decís?—respondió el marido—que no me podíais dar nueva de mayor gusto y contento; ¿hurtáron-sela ó perdióla?

—Á la mi fe, que me ha costado—respondió el estudiante—un buen por qué el sacarla de rastro, porque no ha quedado libro de astrología que no he revuelto. Dentro de vuestra casa está la sortija, en una cuadro á donde, entre otras cosas, están puestos arreo tres cofres de pellejo de caballo, en el postrero, que está debajo de una ventana, en la parte que mira al Oriente, en el suelo del mismo cofre: debajo de una pieza de esta manera de telas blancas que llaman cotonía, se le cayó á vuestra mujer sacando otra pieza de tocas que allí tenía; llamáronla de priesa cuando quería volver por la sortija y cerrar el cofre,

puso el cuidado en el negocio que la estaban diciendo, cerrólo y olvidóla: vino la noche y acostóse, y cuando á la mañana hizo memoria de la sortija, nunca pudo dar en si se le había caído, si se la habían tomado; pero vayan al cofre y veréis cómo es verdad lo que os digo.

Fueron allá al momento, hallando las propias señas que le había dado y la sortija en la parte que decía, con que ganó notable crédito de grande astrólogo y matemático con el tendero ó tratante, y por el consiguiente con la mujer, por lo que queda dicho; pero no paró aquí el suceso del caso, porque como la mujer vivía temerosa, persuadiéndose á que el estudiante por su astrología y ciencia sabía todo lo que ella hacía, dió en regalarle y acariciarle, y la que hasta allí gruñía y reñía su asistencia en casa y lo que el marido gastaba con él, ahora era la primera que le favorecía y que le repartía en la mesa el mejor bocado, y le socorría sus necesidades á hurto del marido. Todo esto se le hizo muy de nuevo al señor de casa y comenzó á sentir mal de ello, y habiendo hallado familiarmente y en secreto hablando á horas extraordinarias al estudiante con su mujer, lleno de celos y de impaciencia, le llamó aparte y le dijo así:

— Señor astrólogo ó matemático ó lo que es, teniéndole lástima por haberle conocido en mi mocedad en Salamanca, ya sabe que sin otras obligaciones, desde que un día me llegó á pedir en esta Corte ocho reales prestados, contándome sus trabajos y pobreza, todas las veces que él ha querido, ha tenido mi mesa y plato, y sin eso, ya los cuatro ya los ocho reales cuando los ha tenido necesidad: páreceme que desde unos días á esta parte mi mujer que era la que no podía verle, le oye sus embustes y embelecós

más espacio y más con gusto que solía, y le veo más medrado de ropa y con más buen pelo; no querría que esto segundo fuese á costa de mi hacienda y aquello primero á costa de mi honra, ni que me haya de salir tan caro el diamante perdido, que pierda yo mi honor y reputación, y aunque más astrología sepa, sabré yo matarle á palos si tal imaginase; y para excusar este inconveniente y desgracia, hágame gusto, que no atravesie más los umbrales de estas puertas.

Suspenso estuvo el estudiante un rato; pero volviendo luégo en sí, medio riendo le dijo:

—Bellacamente paga vuesa merced, señor compadre, lo que yo he vuelto en su ausencia por su honra y aun por su hacienda, que pudiera ser, que si no fuera por mi astrología, estuviera más de lodo que está: no soy yo el que le hago la guerra, y si su mujer me regala y acaricia, no lo hace porque le diga amores sino porque calle quien se los dice; ni ella es amiga de astrólogos ni matemáticos, sino de galanes y amantes; abra los ojos y cierre la boca, y quéjese de quien le ofende y no de quien le ha servido como yo.

Y diciendo esto le volvió las espaldas, sin que fuese poderoso á hacerle esperar por cuanto le dijo ni hizo. Veis aquí de lo que sirve la amistad y trato de estos echacuervos, charlatanes y chocarreros. Era hombre de bien el tratante ó tendero; comenzó á cavar sobre lo que le había dicho, y en el pensamiento y en el corazón con la melancolía, dió en rondar y velar su casa á todas horas, encontró en una bien desgraciada al galán de la sortija con su mujer, matóla á ella y él escapó tan mal herido, que aunque no se supo jamás de él, se presume y sospecha que también acabó y murió.

— ¡Terrible lástima! — dijo don Diego — en verdad que me habéis escarmentado de fuerte, que huya trescientas leguas de estos semejantes estudiantones, que hablan tan largo y les coge tan poco en el estómago.

— También — dijo don Antonio — hay otra manera de hombres en esta Corte entre estudiantes y seglares, que los llaman semipoetas ó coplistas, que se precian de que traducen ó que trabucan libros y componen ó descomponen comedias, aunque la amistad y conversación de estos no es tan dañosa ni perniciosa, sino más entretenida. También si cogen á manos á un forastero, que le huelen que tiene un poco de humor, ni le dejan en la posada ni en la calle, gastándole el tiempo que há menester para sus negocios, llenándole la cabeza de vanidades; y como nunca son muy ricos ni sobrados, también se pegan á la bolsa y le sacan la parte que pueden.

— ¿Son — dijo Leonardo — unos que ahora se llaman críticos?

— Algo es de eso — respondió don Antonio — y ni yo sé por qué se pusieron ese nombre, digo estos, que de los observantes y estudiosos antiguos no hablo; porque crisis es un vocablo de naturaleza griego, de la facultad de la arte médica, que quiere decir juicio, del verbo crino, que es juzgar, porque en los días que llaman los médicos días de juicios, como son en las enfermedades agudas el seteno, el onceno ó catorceno, con la observancia de sus cuentos y sucesos, conforme á sus entradas ó salidas, hacen juicio de la enfermedad.

— No está tan sin propósito puesto el nombre como vos decís — dijo el Maestro — porque llamar críticos esos hombres ingeniosos, es querer dar á entender que son obser-

vantes del rigor de los términos del arte, y que profesan y juzgan la verdad del rigor de la observancia, y como jueces se llaman críticos.

—¿Y qué me diréis — replicó don Antonio — de un modo de hablar que han inventado tan escabroso y oscuro estos críticos, que apenas hay hombre que los entienda, poniendo contra todo el estilo del arte antigua, el sustantivo dos leguas del adjetivo y el nominativo supliéndolo á catorce renglones del verbo, y la oración con más intercalencias adverbiales, que un pulso de una enfermedad letal á los fines? Os doy la palabra que son enfadosísimos y que me pensé caer de risa, leyendo los días pasados cierta obra de uno de estos críticos, que él tiene por grandiosa y heroica, y que se acabó un capítulo y otro, iba casi á la mitad y todavía se sobreentendía el nominativo antecedente del otro capítulo en el verbo del otro, que era menester un perro perdiguero, para que sacara por el olfato el principio de la oración. Estos hombres verdaderamente con esta jerigonza de oraciones en cifra y españolizando vocablos griegos y latinos, que apenas tienen parentesco fuera del cuarto grado con el idioma de nuestra nativa lengua, han de venir de aquí á cincuenta años á perturbar la castidad de nuestro romance, ó á necesitar á la república á que vede sus escritos ó los haga vocabularios nuevos. Contóme una cosa de mucha risa cierto amigo mío, diciendo que uno de estos que se le había dado por muy familiar, después de haberle escrito en su alabanza y para ciertos amorcillos, ciertos sonetos y romances, le envió á pedir veinte reales prestados, y este hidalgo, no por no dárselos, le respondió en su estilo crítico un billete á lo socarrón de harto donaire.

-- Por vida de don Antonio —dijo Leonardo— que nos le refráis.

-- No era cosa para tomar de memoria —respondió don Antonio— pero diré lo que me acordare.

Los veinte que me pidió reales no tengo, si bien mi deseo con vuesa merced grande de servirle, los posibles pasa límites de gratisfacerle, la más que conocida ha mostrado voluntad en todas las ocasiones de me honrar y favorecer con sus extremadas en todo visitas, sutil, que es ingeniosa conversación, en que mejore y aumente el que puede, que es Dios, y pudo dársela. El que le guarde Dios, amen.

--Donoso estuvo ese gentil-hombre vuestro amigo, y sin darle los dineros que le enviaba á pedir, le respondió á lo socarrón dándole una estocada crítica por los propios filos.

--No todos—dijo el Maestro—tienen autoridad para formar estilos y modos de hablar nuevos, y siempre se ha de observar el estilo de los mayores, y se le debe á la antigüedad aquella reverencia; como dijo el otro labrador, bueno es lo que es bueno, cuando es bueno, y primero por el camino carretero. Aunque Justo Lipsio escribió tan bien, siempre se reconoce aquella castidad por lo limpio y puro en el latín ciceroniano.

--¿Quién me mete á mí—dijo don Diego— con Justo Lipsio, ni con Cicerón? yo procuraré huir esos ratos ociosos, si Dios me guarda mi juicio.

--Á la mi fe, señor—dijo Leonardo— no todas veces está en la mano de los hombres el librarse en la Corte de esta gente sobrada; porque huelen á una legua á un forastero con dinero fresco, y unos por poeticantes y otros por

cantantes ó encantantes, han de comer de aquel dinero recién venido, que quiera que no quiera el que lo viene á gastar. ¿Hay cuento de mayor donaire que el que nos refirió don Sancho, si os acordáis bien? Había venido de la Andalucía, tomó posada en buena parte en uno de los mejores barrios de esta Corte, en un cuarto bajo de una casa de razonable presencia. Ya sabéis que don Sancho se trata bien, y que hace más de lo que puede su renta. Olió al forastero recién venido cierto guitarrista, de repente medio bufoncillo: como la sala del recibimiento estaba casi en la calle, entróse de golpe, cogióle comiendo; y don Sancho llevado de su buen natural y obligado de dos frialdades, que le cantó con una voz de azuda de Toledo, con dos ó tres mentiras que le refirió, venidas de sobre mar en carreta, mandóle dar un doblón, acudió el guitarrista al cebo y no había día que faltase á comida y cena, como si los doblones fueran juro sobre muy buenas fincas. Enfadáronle á don Sancho sus frialdades y cansóle el gasto de los doblones, y como entraba ya el invierno mudóse al cuarto de arriba, y dijo al señor de la casa que le hiciese gusto de que si viniese á preguntar por él aquel chocarrero, que le respondiese que ya se había mudado á otra posada. Hízose así; sintió el susodicho gracioso la falta del doblón cotidiano, estuvo á la mira y vió cómo don Sancho no se había mudado, antes vivía en el cuarto alto, y como no le daban los criados entrada por haberlo mandado así su señor, aguardó que un día estuviese comiendo, trajo una escalera, arrimóla á la pared y entró con la guitarra en la mano por la ventana de arriba: «Buen don Sancho, buen don Sancho, no se me irá el doblón por alto ni por bajo;» de modo que le obligó á que cayéndose de

risa, mandase que se continuase el darle el doblón, hasta que se fué de la Corte.

—Aún ese, donaire tuvo—dijo don Diego—si bien estuvo pesado y porfiado; pero yo desengañárale desde luego con cortesía, para que no me obligara en ella á que hiciera con él más de lo que podía mi caudal.

—Otros hombres—prosiguió el Maestro—hay peores que estos y que suelen hacer mayores tiros á los forasteros que se meten con ellos, á que llaman arbitrarios ú hombres que dan arbitrios. Contaros hé lo que sucedió á un pobre labrador de mi tierra que vino á ciertos negocios suyos á esta Corte, con uno de estos que llaman arbitrios ú hombres de arbitrios, con quien le encontró su fortuna.

NOVELA Y ESCARMIENTO DÉCIMO

Es la Mancha una tierra, como ya sabéis, necesitadísima y falta de agua toda la parte que la antigüedad llamó *Espartaria*: parécese en ella notablemente, así en aquel pedazo que mira al Mediodía, como la que está pegada á las faldas de las sierras *Valerianas*, llamadas así de *Tolomeo* y ahora sierras de *Cuenca*. Es esto en tanto grado, que en un lugar de tan grande población como *San Clemente*, que tiene de tres mil casas arriba, no hay más de un pozo de agua dulce, y en *Villa Robledo*, que es de otra tanta población como este, no hay más de otro que llaman la

Mina; aún en la villa de Vara de Rey, á donde yo nací, hay agua dulce, y entre los demás pozos un cuarto de legua del lugar hacia la parte que mira al Mediodía, hay un pozo que llaman de doña Elvira, de agua tan dulce y delgada y de tan notable propiedad, que si echa un pastor ó se le cae un caldero de los de su ganado en el pozo, á pocas horas de cómo está en él sale tan limpio y tan resplandeciente como si fuera nuevo, comido toda la corteza y la tez y suciedad que tenia, que es argumento que la agua de este pozo es corriente, y que pasa y se baña por algunas minas de acero; y verdaderamente si se pusiera cuidado y se abriera la tierra, cerca del pozo se hallaran minerales de hierro y de acero y por ventura de alguna plata. Volviendo pues á nuestro principal propósito, digo que un labrador que vivía hacia el campo de Barrax, que es otra tierra más abajo, vino á esta Corte á ciertos negocios de importancia: padécese y pásase en su tierra, como he dicho, grandemente necesidad de agua, así para beber como para las moliendas; y acertóle su fortuna á encontrar en la posada donde posó con un hombre ingeniero ó tracista, que había dado con un arbitrio para que un molino moliese sin agua, ni sin que trajese la rueda ningún animal como la tahona, ni sin que le tocasen mano ni pié de hombre, ni sin que moviese sus velas viento ni aire, antes era un modo de molino á forma de un reloj, que con el artificio de unas piezas y ruedas, llamándose unos movimientos á otros y unos pesos á otros, venía á hacer una moción tan grande que traía la rueda con tanta velocidad y fuerza como los molinos de agua. No le creían á este hombre, ni se podían persuadir los que le comunicaban á que tuviese tan grandioso el efecto como él decía; y para

esto, como el modelo que él había hecho era tan pequeño que no pasaba de tres cuartas en alto, quisiera hacer un molino tan grande como los demás molinos de agua. Tenía de costa lo que él decía la fábrica, trescientos ducados; no se hallaba con ellos ni quien se los prestase, porque ya en el mundo que corre, el ingenio más agudo y sutil no es buena fianza para la seguridad de un real castellano, y mejor se presta sobre una prenda que sobre un entendimiento; porque dice el tratante ó mercader, que de más importancia le es una pieza de plata que pese cien reales, que la agudeza de un ingenio que parta un cabello. De la melancolía de hallarse sin este dinero había caído en la cama el ingeniero ó artífice del molino á tiempo que el bueno de nuestro labrador de la Mancha llegó á esta posada á posar: era hombre de sencillas entrañas; tenían los aposentos juntos; era al principio del invierno y las noches largas; pasóse á ver al enfermo y á consolarle, y preguntándole por su enfermedad, dióle cuenta de todo lo que hemos referido, y añadió á esto: Que si hubiera quien le prestara los trescientos ducados para hacer el primer molino, se atreviera á ganar con él en dos años más de dos mil. El labrador procuró enterarse más de la traza del molino, y pareciéndole buena y que en su tierra había tanta necesidad de ella, se concertó con el ingeniero y le prestó doscientos ducados que traía para dar á un señor de un censo de su lugar. Hicieron su escritura entre los dos de concierto, y entregándole el modelo pequeño el ingeniero al labrador, dejando los negocios en el estado que estaban, se volvió con el modelo á la Mancha para mostrarlo por allá y hacer los cien ducados que le faltaban para trescientos, y traérselos luégo al punto al artífice. Llegó con

su invención el labrador á su tierra y sin sus doscientos ducados, y su mujer y los parientes no sólo hicieron burla de él, sino que perdían el juicio, de ver que con unas matracas de tinieblas, que así llamaban los labradores á la invención que traía de su molino, le hubiesen cogido su dinero y más que aquellos doscientos ducados no eran suyos, y era forzoso que vendiese para pagárselos al señor del censo, que se los dió, el trigo y vino que había cogido, y aun las mulas de la labor, y los frutos andaban aquel año tan baratos que apenas había para todo; él daba voces y decía que se empeñasen y comprasen el molino, que los había de hacer á todos ricos; pero ellos le dieron tal mano á reñirle, y el señor del censo, sabido el caso, que apretaba por su parte por su hacienda, que le obligaron á volver á Madrid con su modelo y á deshacer el contrato y á tornar á cobrar el dinero que había dado; pero fué su desgracia que en los días que él hizo esta ausencia de Madrid, al ingeniero se le agravó de suerte la enfermedad, que al catorceno vino á morir de ella, y como había estado en Madrid dos ó tres años en la asistencia y prosecución de este su arbitrio, estaba tan cargado de deudas y trapazas, porque tenía llenos de esperanzas á trescientos codiciosos con aquel su molino soñado, que no hubo en los doscientos ducados para pagar la cuarta parte de sus deudas, antes el entierro y funerales se hizo de limosna. Vino el pobre labrador, y cuando pensó cobrar su dinero, halló muerto y en la forma que hemos dicho al autor del molino, y fué tal el sentimiento que tuvo y la pesadumbre que le dió el suceso, que perdió el juicio. Yo le ví por mis ojos en la ciudad de Toledo loco, hecho pedazos, sin camisa, que andaba cantando por las calles aquel cantar viejo que

dice: «¿Molinico, por qué no mueles? porque me beben el agua los bueyes;» y últimamente, después me dijeron que acabó miserablemente en un Hospital. Veis aquí lo que trae y acarrea el allegarse á semejantes hombres y el darles crédito.

— Aún eso — dijo don Antonio — no me espanta, y otro cualquiera de más ingenio y experiencia que el labrador, se pudiera cegar con la codicia de ganar en cada un año dos mil ducados con prestar trescientos. Sucedió desgraciadamente, muriósele el ingeniero que ya pudiera ser ver rico al labrador.

— Señor don Antonio — respondió el Maestro — no niego yo que eso no pudiera ser así, pero he traído este ejemplo para que escarmiente don Diego y los demás forasteros que vinieren á sus negocios á la Corte, no se entremetan en más que en sus negocios, que unos por creer á hombres como estos, otros por hacer fianzas, otros por arrendar puertos, otros por tratar en mercaderías, de las cuales ni tienen experiencia, ni las entienden, los hemos visto venir á la Corte muy ricos y volver en camisa y aún sin ella y pidiendo limosna.

Aún otro género de gente, señor Maestro, os diré yo de más peligro y que cada día hacen sus heridas en forasteros, si bien no son tan grandes ni tan terribles los golpes, que son una manera de hombres que llaman barateros ó del baratillo, y se entran por las casas de posadas, y en conociendo al forastero que lo huelen á tiro de arcabuz, sacan á vender bujetas de algalia, que son por de dentro un poco de miel melada ó carne de membrillo, que untada por de fuera con un poco de algalia y ámbar, venden la onza á doce y á diez y seis y á veinte escudos, otros traen

pastillas, sartas y rosarios de olor, que es un poco de carbón y pan mascado, otros cadenas y joyas contrahechas que aunque las venden por de plata y bronce, después tocadas y miradas vienen á no ser nada ni tener ningún valor; pero á nadie le ha sucedido cuento tan de risa con estos barateros como á mí me sucedió un día. Yo había dejado el caballo á mi lacayo en la plaza, mandándole que se fuese á la posada con él, porque tenía que averiguar unas cuentas con un ropero en la calle Mayor. Acabadas las cuentas en que me detuve un gran rato, salí con un paje y á pié para irme á casa, porque comenzaba ya casi á anochecer, y cuando llegaba ya cerca de la parroquia de San Ginés, llegóse un hombre á mí de razonable hábito y díjome:

—Yo soy un hombre honrado que estoy aquí en ciertos pleitos; hame faltado el dinero y es mi necesidad tal, que me obliga á que me deshaga de mis prendas: aquí traigo un sombrero bueno y al uso, que no me le he puesto dos veces; es fino, porque le hice hacer aposta en casa del Portugués, el casco solo me costó dos escudos y con toquilla, cairel, tafetán y manos me estará en otro tanto: vuesa merced se sirva dar lo que mandare por él; á mí se me cae la cara de vergüenza de andar hecho pregonero; por eso me he atrevido á vuesa merced que me parece hombre principal; haga cuenta que lo que me diere me da de limosna, y lléveselo por lo que mandare.

Yo quise llegar á tocar el sombrero y no hacía sino sacarlo y tornarlo á esconder debajo la capa: yo entendiendo que lo hacía de vergüenza, dije al paje: «Toma ese sombrero»; y sacando un doblón se le dí y le despedí. Llegamos á la posada, y yo por ver lo que era el sombrero, pedí

luz y diéronmela, diciendo yo, pues aunque fuera de borra era de balde: «Más costó él de guarnecer que yo he dado;» llegándolo á tentar un poco recio para ver si era fino el casco, me salí con el pedazo de donde así, y lo mismo hizo el paje de las otras partes que tiró, porque la verdad era, que era de borra engomada y encolada, y la toquilla era de una calza vieja de aguja; corríme notablemente y confiésoos que si hallara luégo al hombre, le rompiera la cabeza; pero después, cayendo más en la cuenta y viendo que á mí me hacía poca falta el doblón, y aquel miserable hombre comía con aquellas trazas, no hacía sino reirme y lo mismo hicieron algunos amigos á quien conté el cuento.

—Bien importante es — dijo Leonardo — que los forasteros estén sobre aviso con estos vendedores de barato, porque cada día hacen mil de estas; aun en el trocar dineros hacen veinte trapazas y hurtos. Los días pasados había yo acabado de cobrar hasta cuatrocientos ó quinientos reales allí en la calle Mayor; diéronmelos en buena moneda, en doblones y en reales de á cuatro: ya que llegaba junto á nuestra señora de los Peligros, allí á la vuelta de la misma esquina de las monjas que llaman de Vallecas, llegó un hombre á mí de más que buen hábito, traía un doblón en la mano, y díjome:

—¿Vuesa merced lleva reales por este doblón?

Yo, con la codicia del doblón, dije que sí; saqué un pañuelo de reales en la palma de la mano y entre ellos salieron algunos doblones: no valían entonces los doblones más de veinte y cuatro reales, contéle seis reales de á cuatro, y púsome el doblón sobre mis reales y doblones, y á lo que parece no fué así; porque como era gran jugador de

manos, cuando fué á poner el doblón se quedó con él y con todos los seis reales de á cuatro; me volvió á decir:

— No hago nada con esta moneda; si vuesa merced trajera reales de á dos me estuviera más á cuento.

Yo me enfadé, y diciéndole eso: « Pudiera vuesa merced decir al principio y no detenerme, » y tornando á tomar mis seis reales de á cuatro, tomé un doblón y dijele: Tome vuesa merced su doblón y váyase con Dios: tomóle y fuese: parecióme que al tomar el doblón se había mudado de color y turbádose, y con esto entrando en la portería de las Monjas, sospechando que aquel me había hecho algún engaño, pues se turbaba, saqué mi dinero y contélo, y hallé que me faltaba un doblón, corríme no poco y salí tras el hombre y no le pude dar alcance, y refiriendo el caso á un alguacil de Corte amigo mío, me desengañó y dijo que aquella manera de ladrones se llamaban landreiros, que hacen que ponen la moneda y no la ponen, y luego se llevan la otra: yo le respondí que le agradecía el aviso, aunque me había costado caro el saberlo.

— Pues aún no es ese solo el peligro que hay para los forasteros en la Corte — dijo don Antonio — porque aun en las almonedas y en las mismas plazas y tiendas hay trescientas maneras de engaños, porque allí tienen hombres echadizos, que llegan á comprar para encarecer la mercadería y decir que es buena y que vale á tanto, y dan algo más por ella, para que el que compra entienda que no le engañan y que lo vale: otras veces no quieren dar una mercadería sin otra, haciendo que aunque un hombre no la haya menester, la lleve; y aunque son cosas rateras y de poca entidad, os contaré lo que me sucedió á mí propio con toda mi autoridad. Tenia á mí sobrino don Alonso (á

quien ya conocisteis) muy enfermo: pasando por la plaza á caballo, parecióme unas aves muy buenas é híceles comprar, y en cuanto volví á un criado á decir que las pagara, era tan sutil de manos quien las vendía, que en el aire las trocó con otras muy malas. Habíalo visto un paje mío y al pagarlas díjome:

— Vuesa merced no las pague, porque no son esas las que compró.

Averiguamos la verdad, y era así lo que decía el paje, y yo me vine haciendo cruces, admirado de que ni en precio ni en mercadería se trata verdad. Y si esto hacen con los cortesanos viejos, mira qué harán con los que huelen que son forasteros.

— Aun esos engaños— dijo el Maestro— son engaños de poca sustancia, y como son criados los que han de comprar, á ellos les corre obligación de abrir los ojos. De otra cosa más importante tengo que avisar al forastero, de quién le importa que se guarde y escarmiente, que es del trato y amistad de una manera de hombres que llaman quimeristas, porque algunos de estos han hecho á forasteros burlas muy pesadas; y en comprobación de esta verdad os contaré lo que sucedió habrá diez ó doce años en esta Corte á un pobre forastero de Tierra de Campos, con uno de estos quimeristas ó alquimistas, que el caso fué bien público, no sólo en esta Corte donde sucedió, pero en lo más de Castilla la Vieja.

NOVELA Y ESCARMIENTO ONCE

Estaba en un pleito de consideración en este lugar un labrador rico de Tierra de Campos; era hombre de gruesa hacienda y tratábase bien, así en la posada como en la calle. Estando comiendo un día, entró un hombre de muy gentil presencia con hábito de hombre de letras, y dijo que tenía que hablarle aparte. Acabóse la comida, alzóse la mesa, saliéronse los criados fuera, y habiendo quedado solos, dijo el estudiante ó recién venido así:

—Yo, señor, me llamo don Juan de N.; de mi apellido conoceréis cuán calificado es mi linaje:—y, para decir verdad, el nombre que él se había puesto y apellido era de los mejores y más calificados de España.—Habré cuatro años que, muertos mis padres, me fui á Roma: teniéndose atención á mi sangre y letras, se me hizo merced de una canongía y dignidad en la iglesia de N. que vale todo de cuatro á cinco mil ducados de renta: contento con la provisión no quise aguardar á las galeras de España ó de Nápoles, que las unas y otras habían de venir á Génova: de allí á pocos días de como yo llegué á esa misma ciudad para venir á España, hallé un bergantín que fletaron no sé qué pasajeros que venían á Barcelona, entréme con ellos y para no cansaros, dieron con nosotros casi á vista de Marsella dos ó tres galeotas de turcos: por escaparnos echamos y alijamos cuanta ropa traíamos, hasta los vestidos más necesarios; al fin, con la buena diligencia esca-